

tía con gran frío, metido bajo los cobertores de pieles. En sus idas y venidas, cada vez que pasaba por delante de una lámina sencilla, que adornaba las paredes de la celda, *Un ojo solo* hacía un profundo saludo á la romana, y se santiguaba devotamente. Aquella lámina representaba la Sagrada Familia: una Virgen vestida y peinada á la china, teniendo en sus brazos un Niño Jesus chino, cuya cabeza estaba ornada de dos mechoncillos de cabellos y de una aureola amarilla: un buen viejo, San José, con largos bigotes y larga cabellera, que contemplaba, con aire paternal, á la madre y al hijo.

Perfectamente sumergido en las profundidades de mi cama de pieles, estremeciéndome de frío, miraba hacia afuera. En efecto, el tiempo era bueno para la estación. Por la ventana se veía, bajo un cielo puro, un rincón del parque de la Misión, con sus veredillas en escalones, formando caprichosos laberintos entre los árboles enanos y las rocas.

Aquí y allá se elevaban elegantes kioscos calados y asientos rústicos. Un hermoso sol de invierno penetraba por entre las ramas de los árboles retorcidos, y contorneados en fantástica confusión, arrojando á través de esta espesura frías luces matinales.

Era aquél uno de esos paisajes de líneas amaneradas é inverosímiles, que los chinos pintan con oro sobre sus objetos de laca, pero vivía una vida mágica, entre las claridades rosadas, y la luz helada del amanecer de un día glacial.

Y-ko-yentsing me contemplaba con su ojo único, atravesado de un modo irrisorio sobre un rincón de aquella cara ancha como si lo hubiese pintado un caricaturista ébrio, con una pincelada mal segura.

«Evidentemente, me decía yo, esta gente no se nos parece en nada: es indudable que no proceden de los mismos monos que nosotros; la naturaleza debe parecerles inclinada á 45°, y sus ideas sobre las cosas deben resentirse de ello.» En aquel momento, el reverendo padre Samolto, un padre italiano, el sabio y el bibliotecario de la Misión, entró en mi celda y le comuniqué mis reflexiones.

—¡Ay! mi querido hijo—me dijo—¿á quién habla usted? De los quinientos millones de habitantes que encierra este imperio, hay cuatrocientos ochenta y nueve y medio que viven en las más espesas tinieblas de la idolatría. No me parece enteramente evidente que sus errores dependan de la oblicuidad de los ojos, porque salvo excepción, tienen habitualmente dos que están dirigidos en sen-

tido contrario, de tal suerte, que en caso de necesidad, el uno podría corregir al otro; y yo no sé que la gracia de Dios, que disipa el error, haya necesitado para eso enderezar los ojos á los chinos, á quienes ha conmovido. Pero no hagamos juicios temerarios, mi querido hijo, sobre las cosas que plugo á la Providencia dejarnos ignorar.....

Abajo, en la iglesia, estaban diciendo misa. Los hombres y mujeres cristianos cantaban gangosamente interminables cánticos en chino, á manera de quejas melancólicas.

Los hombres se detenían, y entonces era el coro de mujeres el que seguía y su gangueo más tembloroso, más agudo, hacía más lastimera aún aquella melancolía vaga, que variaba sobre una gama incompleta, en una especie de desentono perpétuo. Cantaban, según creo, la letanía de la Virgen: *Domus aurea! Turris eburnea! Janua caeli! Foederis arca!* etcétera, un latín muy enfático y oscuro, traducido al uso de los breviarios chinos.....

En realidad, parecían cantar algo semejante á esto:

«Cuando somos pequeñas, los muchachos nos pegan; nuestros padres nos pegan y nuestras madres

nos pegan; nos dicen que no tenemos alma, y nos oprimen los piés para hacer más difíciles nuestros movimientos.»

«Cuando somos mayores nos venden á un hombre, á quien no hemos visto nunca, que nos conduce en una silla cerrada; se acuesta con nosotras, y nos pega si no le agradamos. Allí hay también otras mujeres, y nos pegamos unas con otras.»

«Los buenos padres dicen á nuestros maridos que tenemos un alma como ellos, y que no es bien hecho pegarnos tanto. ¡Bendigamos á los buenos padres!»

Después, una violenta descarga de fusilería, acompañada de fuertes chillidos, vino á cortar esta melopea lúgubre, al mismo tiempo que *Un ojo solo* se arrojaba vivamente al suelo. Era la *Elevación*, y los fieles disparaban petardos en señal de alegría.

—*Ave fili carissime!* ¡Buenos días, señor Plumkett!

—¡Buenos días, padre mío! *Ave Pater Oul!* ¡Buenos días, padre Mouchette! *Ave Pater Chou!*

—*Quomodo vales fili? Bene dormisti?.....*

—*Optime Patres carissimi.*

.....Todos estos amigables buenos días se cambiaban rápidamente en el patio, al salir de la misa.

Los buenos padres chinos me hacen amables saludos, levantando y bajando sus puños cerrados: yo contesto del mismo modo, y monté sobre un animalito mogol, que tenía larga crin, larga cola y una verdadera piel de oso.

La cabalgata, compuesta de los sacerdotes Ou y Chou; de los padres Samolto, Mouchette y de mí mismo, se puso en marcha, precedida del Mâ-fou (escudero), y seguida del carro de las vituallas, en el que iba montado el padre Yang, buen eclesiástico, embutido en un largo traje forrado de pieles y con anchas mangas.

El *Yang* es en la cosmogonía china el *Príncipe varón* que, unido al *Yeng* ó *Príncipe hembra*, ha engendrado el universo.

Al trote largo, con un repiqueteo estrepitoso de cascabeles y campanillas, el cortejo se metió en calles tortuosas, sembradas de inmundicias, restos animales y vegetales, perros muertos y perros vivos.

Detrás de nosotros queda el palacio inmenso del *Hijo del Cielo*; se distingue el extremo de sus murallas misteriosas, que ningún europeo ha franqueado. Está todavía dormido en su inusitado esplendor, y

á sus piés el *Lago de los Lotos* está empañado y muerto bajo el hielo de Enero.

Se experimenta una especie de malestar indefinible, pensando en la inmensidad de esta ciudad, que se despierta en la clara mañana; se siente uno como oprimido por ese dédalo cerrado, confuso, intricable, que se adivina en torno nuestro, y que ocupa mayor extensión que la más grande de nuestras capitales de Europa.

Los perros ladran con furor á nuestro paso, y atacan amenazadores á las patas de nuestras cabalgaduras, cuya marcha se torna inquieta é irregular. Salen de todas las callejuelas y callejones, de todas las cloacas, y nos persiguen en numeroso grupo, mostrándonos sus dientes agudos, que tienen hambre de morder.

En las puertas de las casas bajas, de ladrillo parduzco, aparecen ya algunos rostros de jóvenes tártaras que acababan de levantarse. Sus anchas caras de luna llena, embadurnadas de bermellón, se dirigen hacia nosotros, y nos miran curiosamente; tienen aire receloso, infantil y asombrado, á la vista de aquel carnaval de Occidente que pasa.

Los tonos fuertes y chillones de sus anchas casa-

cas y sus pantalones bombachos se destacan sobre el color pardo de las paredes; todas ellas se sostienen difícilmente sobre sus piés, demasiado pequeños, en esas posturas ridículas que tienen las figurillas de las pantallas.

Aquellas imágenes pasan rápidamente á nuestra vista, y desaparecen mientras nosotros nos encontramos aún en interminables series de calles desiertas.

Estamos en la *Ciudad Amarilla* ó ciudad imperial, y todos aquellos barrios viejos y muertos tienen caracter aristocrático. Paredes, y paredes que no se acaban nunca; paredes encorbadas de vejez, tapizadas de musgo y de plantas.

Detrás de ellas hay parques inmensos, en los que se ha hecho con gran esfuerzo una naturaleza artificial y extravagante al uso chino.

De trecho en trecho hay puertas con pilastras enormes y pesados marcos de encina, carcomidos por el tiempo. Tienen todas estas puertas techos ridículos; techos amarillos, cuyos ángulos extremos se levantan hacia el cielo en caprichosos garabatos, en formas confusas de dragones y de monstruos. Todas están guardadas por dos animales de

marmol, medio leones, medio quimeras, que tienen una garra posada sobre una bola y miran hacia los paseantes con aire misterioso. Y sobre todo aquello, el vecino desierto ha impreso su marca. Una capa de polvo gris borra los antiguos colores, los antiguos dorados, y extingue los extraños adornos aplicados sobre aquellos *Ya men* ó puertas de los palacios, por los pintores de otros tiempos.

—Vamos al trote largo por aquí—dijo el reverendo padre Samolto—porque más adelante los escombros nos retardarán la marcha.

Loti.—¡Ah! Sí, Plumkett; apresúrese usted, amigo mio: piense usted que no está aún más que en el medio de la *Ciudad Amarilla*, en la cual sigue usted todavía el camino de los estudiantes. Tiene usted que atravesar aún, si mis recuerdos no mienten, toda la *Ciudad Roja*, antes de llegar á *Si-tche-men* ó la *Puerta directa del Occidente*. Y si usted continúa, no saldrá nunca de esa *Ciudad Roja*.

Plumkett.—Hemos aquí en un gran *boulevard*, que corre del Este al Oeste. Todo Pekín está orientado, según los cuatro puntos cardinales magnéticos; los mogoles, que lo han erigido, ignoraban el error de declinación, que es de 1° 30'.

En la dirección de *Si-tche-men*, y buscando la Puerta del Occidente, que nos dará acceso al cam-

po, seguimos en este momento una gran arteria recta, enteramente orlada de palacios; á medida que avanzamos, alineaciones de edificios monumentales é imponentes surgen de los torbellinos de polvo, de las confusiones de la bruma luminosa; una doble fila de árboles, cubiertos de escarcha, se prolonga delante de nosotros en perspectiva indefinida — y á cada lado, hay siempre los mismos grandes muros, las mismas grandes puertas, con sus tejadillos erizados de quimeras y de méns-truos; los mismos leones de mármol sentados en el suelo y enseñando los dientes á las gentes que pasan.

Aquellos *Ya-men* son las academias, los ministerios, los tribunales, los templos, los conventos de sacerdotes tártaros.

Uno es el colegio de los *Han-lin*, ó académicos de los diez mil pinceles; otro el *Li-pou*, ó tribunal de los ritos; el *Tsong-li-ya-men*, ó ministerio de las relaciones con los pueblos bárbaros; el *Kouan-ti-miao*, ó templo del genio *Kouanyu*; el *Sian-yeou-koung*, donde se hacen sacrificios á la Estrella Polar; el *Siangfang*, ó morada de los elefantes; el ministerio de la música, el ministerio de la marina y de los diez y ocho ejercicios del cuerpo, etc., etc.

A medida que la hora avanza, el *boulevard* se

anima; carretas, aldeanos montados en burros; caballeros montados en caballitos mogoles, con la crin suelta, con cabezas grandes y aspecto de astucia, y truhanería como caballos sabios.

Hay gente, mucha gente, el *boulevard* se ha llenado; esto vuelve á la vida.

Ginetes van y vienen, precedidos de *Má-fous* con librea, al gran trote de sus caballitos de cara alegre y picaresca. Van encogidos y envueltos en sus largos jubones y como acurrucados sobre la alta silla, calzando hasta los talones sus cortos estribos. Llevan vestidos de seda, guarnecidos de pieles preciosas y las botas de terciopelo negro, cuyos puntiagudos extremos se levantan sobre la cabalgadura, dejando ver unas gruesas suelas, de immaculada blancura, hechas de papeles superpuestos.

Tienen todos ellos las fisonomías muy chinas; pero con una especie de distinción particular de la clase elevada. Nos miran pasar con cierto aire de asombro y con una expresión imperceptible de ironía. En su aspecto, sin embargo, no hay nada que no sea benévolo y cortés; pero el rito asiático está siempre en vigor, hasta en sus fisonomías dulces y aristocráticas: hay un abismo infranqueable entre

esta Asia antigua, que vive siempre lo mismo, y nosotros que, aunque nacidos ayer, ya lo hemos cambiado todo.

Arboles viejos, verdes y torcidos; tejados inclinados y medio hundidos; rostros de chinos con los ojos oblicuos; existe cierta afinidad en todo esto.

Todo el Oriente antediluviano, que conserva restos y vestigios de un pasado floreciente hacia la época del Diluvio, glorioso en los tiempos de Sesos-tris, de Ciro, de Alejandro, de Teodosio y de Carlo Magno, y que ha seguido engrandeciéndose siempre, aun hoy parece hacerle un gesto misterioso á nuestro Occidente, en el que veinte civilizaciones se han quebrantado y otras nuevas se han edificado sobre sus ruinas.

Oriente y Occidente: uno á otro se miran, como el que compone las plegarias de los sacerdotes del Thibet miraría un telégrafo Morse; se miran con desdén y lástima, como uno de esos leones de mármol que se ven en las puertas de un *Ya-men*, miraría una esfinge de Egipto; como un *feliche* australiano miraría el Crucifijo sangriento de la Santa Inquisición.

Y por todas partes, en ese conjunto extrabóptico é irregular que se llama el mundo; por todas partes, las mismas discordancias estridentes, confun-

diendo la razón humana; la antorcha de los Parsis, al lado de la cruzada de Mahomet; el divino *hem-boko*, el Priapo que se venera en Ni-Pon y la Hostia eucarística adorada por los católicos romanos. Oposición de enigmas, embrollo de creencias, caos de teogonías, en el seno del cual se eleva, glacial como la muerte, el materialismo, derivado de la ciencia positiva que todo lo simplifica, suprimiendo todo.

Y todo aquello que cincuenta siglos han adorado era Dios..... Y yo pienso en ese *todo aquello* que se me aparece, por la última vez quizá, bajo una forma nueva más enigmática, más extraña, más sombría. ¿Es *nada*, decididamente *nada*, todo aquello?—¿O bien en que se aleja á medida que nuestras concepciones se extienden para asirlo, que se aleja más que nunca de nosotros en las regiones de lo inaccesible y de lo incomprensible?.....

Ahora, mi querido Loti, experimento esa sensación punzante, que usted también conoce, de alejamiento inmenso de alguna parte, á donde no he ido jamás; de separación de algo que no he conocido nunca; de destierro de algún lugar jamás visto y quizá *incognoscible*, donde he vivido en sueños, ó vaga y sordamente en limbos anteriores.....

—Présteme usted atención, señor Plumkett; he aquí un cortejo que va á pasar; es necesario que nos pongamos en fila, pues si no los líctores podrían atacarnos.

Esta vez es el padre Mouchette quien cortaba el hilo de mis pensamientos.

Se levanta gran polvareda; algunos niños corren como locos, lanzando gritos tan agudos como silbidos de vapor; después van hombres mugrientos, tocando los tan-tantanes; gentes desalentadas, que llevan linternas, en pleno día, colocadas en el extremo de largos palos con arambeles rojos; los alabarderos de los líctores vestidos de negro, con jubon, calzones bombachos y altos sombreros con plumas, agitando con gesticulaciones frenéticas, látigos, martinetes de plomo, cadenas, instrumentos de tortura. Y después avanzan, siempre con el mismo aspecto de desatentados; otros chinos, que llevan en los extremos de largas perchas dragones verdes, abanicos rojos, quimeras y monstruos.

Por fin, el gran personaje así escoltado, aparece en un caballo enjaezado espléndidamente. Es *Lihong-chang*, el virey del *Pétkill*, que viene con todo aparato á visitar á *Kong*, el príncipe regente. Es alto y delgado. Su figura huesosa, con perilla y largos bigotes, tiene expresión astuta y beata. La

pluma de pavo que usan los grandes de la China flota detrás de la borla, color de rosa, que termina su alto tocado oficial.

Toda esta procesión desfila muy de prisa; las gentes de á pié corren; los jinetes van al trote, un trote vivo que hace sonar los cascabeles, esparcir las pobladas crines y mover las largas trenzas, tanto de los caballos como de los hombres.

La placa de oro de la orden del Faisán sube y baja sobre el pecho del poderoso señor, y las esclavinas de los mandarines se agitan como alas al viento.

Ya han pasado.—La escolta desfila rápidamente como la vanguardia; secretarios y escribas van á caballo, todos con su gorro oficial, con una importancia cómica, llevando en forma de bandolera los rollos de papel y los escritorios; después la servidumbre, compuesta de gentes de mala traza, vestidas con oropeles caprichosos—un séquito siniestro, que corre hasta perder el aliento. Y esto es todo. Podemos proseguir nuestro camino.

—*Ecce homo dives opum!* dice el abate *Ou* con tono de admiración

—*Et potens!* añade el abate *Chou*.

—*Sed crudelis, malus, perditusque vitiis turpibus!* objeta el príncipe varón.

—*Memini me manducavisse olim apud eum*, dije yo en un latín deplorable á los buenos padres. *Mihi dedit bonum vinum de Champagne bibitu, et nidi philomele editu.*

Llegamos enfrente de un arco de triunfo, de tres arcadas, pintado de color de sangre y terminado con la inevitable techumbre, cuyos ángulos se levantan formando cabezas de monstruos; es la puerta de la Ciudad Roja.

Aquí todo cambia: parece la entrada de una de aquellas ciudades desmesuradas de las edades que pasaron. El camino continúa á través de esta Ciudad Roja hasta perderse de vista.

No hay más *Ya-men*, pero se ven fachadas extrañas de tiendas, altas como palacios, flanqueadas cada una por dos gigantescos mástiles dorados que sostienen unas bolas, ó bien cabezas de dragones y de quimeras. Grandes frontones de madera calada unen los mástiles entre sí, con un lujo extravagante de colores y dorados.

Otros mástiles, inclinados hacia el centro de la calle, forman por encima de los carros y de los jinetes una especie de bóveda, que se prolonga en interminable perspectiva y de la que penden largas banderas multicolores que ondulan plegándose y desplegándose constantemente por el impulso del viento.

En medio de todo esto, una multitud confusa; miriadas de seres y de cosas que se mueven, que van de un lado á otro como arrastradas por corrientes locas; confusión de colores donde domina el oro; mescolanza, embrollamiento sin fin que se borra á lo lejos en la bruma luminosa, en la humedad glacial de una madrugada de Enero.

Una blanca polvareda flota sobre esta Babel como una nube rosada, y sube hasta desvanecerse en el cielo puro. Y el sol de estos climas extremos arroja sobre todas las cosas su luz potente—un sol tan claro como el de los trópicos, pero frío y como muerto.

Los ruidos se funden en un clamor confuso, producto de exclamaciones, de disputas, de coloquios diferentes sostenidos en todas las lenguas del Asia.

El repiqueteo de millares de campanillas, el rodar de las carretas, los relinchos de los caballos, el ruido monótono del volar de los pájaros que suben y bajan con sus pequeñas arpas eólicas en la cola; el aleteo de los cuervos que atraviesan el aire en grandes bandadas negras....

Y el viento de invierno sopla con furia, sembrando siempre sobre la inmensa ciudad el polvo del desierto del Mogol....

Nosotros avanzamos lenta y penosamente á través de las carretas y los jinetes, esforzándonos para no perder de vista el gorrillo gris de nuestro *Má fou* que va abriéndonos camino. Hace prodigios ecuestres con su caballito, que se encabrita ante los obstáculos y dá gritos con su voz aguda: ¡*Koo-lé!* ¡*Koo-lé!* ¡cuidado! ¡cuidado!) la cual se pierde en el aire ensordecedor, saturado de ruido como de polvo.

A veces nos hace detener en las encrucijadas formadas por otros grandes caminos, que cortan el nuestro en ángulo recto, para dejar pasar interminables filas de camellos, enormes animales de hocico negruzco y largos pelos ralos que caminan sobre sus cuatro miembros ahorquillados, articulados ridículamente, con aspecto de máquinas desconcertadas. Nos muestran á su paso sus perfiles complicados, que tienen expresiones estúpidas, severas y resignadas.

Los que los conducen son mogoles, descendidos del desierto boreal. Sus caras, anchas y chatas, tienen algo de jovial y rudo, que contrasta agradablemente con la perpetua seriedad china.

Van vestidos con largos trajes color de sangre, que ajustan al talle por cinturones erizados de puñales; en la cabeza llevan una especie de capelinas

de pieles, que terminan en un cono rojo ornado de una borla.

Continuamos nuestro camino bajo la bóveda de los grandes palos de cucaña pintarrajeados y de banderolas de colores, en medio de tibetanos amarillos, coreanos blancos, mogoles rojos, de bonzos vestidos de gris, con la cabeza rapada como los monjes; de kalmucos, de tunguses, de kirghises, que han venido en embajada con motivo del año nuevo á hacer las *Ko-to* (postraciones prescritas por el libro de los diez mil ritos á los pueblos tributarios) delante del Tientze, hijo del cielo, señor feudal de los diez mil reinos.

Seguimos trotando sobre una altura terraplenada, destinada á los caballos y á los carros, que ocupa todo el centro del camino, mientras que á cada lado dos vías más bajas están reservadas á las gentes de á pié.

En torno nuestro hay aún ricos jinetes, envueltos en pieles y enjustillados; todavía más y más carretas azules; señoras distinguidas, en sillas de manos de forma de linterna, conducidas por negros y burgueses, que van con rostro plácido sobre sus borricos de alquiler, seguidos de *Lui-fous* (borriqueros) que hacen andar á garrotazos á las bestias gritando: ¡*Ta, ta, ta, ta!*

En las vías más bajas de la calzada hay agrupaciones de gente del pueblo, buenos hombres, chinos que permanecen con la boca abierta delante de los osos que danzan, de los funámbulos que dan vueltas, de los saltimbanquis que se tiran al suelo y se descoyuntan horrorosamente.

Las gentes de negocios circulan con grandes anteojos redondos, sobre sus narices pequeñas y romas, pavoneándose con ese aire de los chinos ricos que sudan oro, y no faltan pobres infelices, llenos de necesidad, dispuestos á aprovechar lo que salga. Y tiendas y más tiendas doradas y espléndidas, donde se venden pieles de Mogolia, brocados de plata y oro, telas sin precio, sobre las cuales están bordadas cosas fantásticas con tintas inconcebibles, trozos de esmaltes y viejas mescolanzas que no se pueden comprender; todas las reliquias de un pasado inimaginable, extravagante de riqueza y de color.

Hay también decidores de la buena ventura que la agrupan multitud, y médicos cirujanos operando sobre los maniqués colocados en caballetes. Y casas de banca, donde bulle todo un pueblo de empleados, de cara apergaminada, moviendo febrilmente con el extremo de sus largas y agudas garras las bolas enfiladas de los aritmómetros.

Loti.—¿Es que entró usted al trote de su cabalgadura mogola, cubierta de pieles de oso, en todas esas tiendas y esas casas de banca, Plumkett? ¡Cuánto hartaría con eso á los buenos Padres que se toman el trabajo de cargar con usted!

Plumkett.—No por cierto, querido Loti; pero las emperatrices viudas iban á pasar por un boulevard, perpendicular al nuestro para ir al Templo del Cielo á hacer sacrificios á los dioses manes de su señor; por esta causa estaba cerrado nuestro camino y no pudimos avanzar más.

Esto es fastidioso de leer—dirá usted—y estruja la imaginación esta especie de síntesis óptica y acústica.

Es verdad; muchos detalles de Pekin y nada en general. Una multiplicidad de cosas que atraen la mirada y deben ser descritas tan minuciosamente como han sido hechas.

Describa usted á Pekin á grandes rasgos y rápidamente, y no dirá nada. Aligerar aquello que de suyo es pesado, es suprimirle el carácter. Aquí filas de teatros al aire libre, donde los actores, con ropajes sujetos á la espalda y cabezas de tigre, de dragón ó de leopardo—tiritando detrás de sus caretas, transidos por el viento de invierno—representan con las contorsiones de los endemoniados

escenas del infierno budista que hacen estremecer.

Es tiempo de feria; por todas partes lo burlesco, lo horrible de la diablería comprendida á la china—la revelación para nosotros de un mundo exótico, de pesadillas y de espantos.

Disputas y risas beatas de sacerdote, olor de sándalo; la fetidez acre de los montones de basura helada, y el humo de las varillas de incienso que quemán en todas las casas, delante de todas las budas, delante de todos los altaritos.

Lo extraño por todas partes en la forma, en el color, en el ruido: gritos que suenan agrios é irregulares, como los maullidos de los gatos; guitarras que producen rechinamientos tristes, voces de falsete agudo que desentonan; toda una sinfonía chillona y quejumbrosa producida por los tántanes.

Y al fin, un gran torreón encaramado sobre una alta muralla gris y un abismo negro que se abre delante de nosotros. Es *Sitchemen*, la *Puerta directa del Occidente*.

Penetramos lenta y prudentemente en esta caverna, con objeto de que no se rompan las patas nuestros caballos entre las viejas losas desunidas, que datan de *Khalibai-Khan*, nieto de *Gengiz Khan*, y fundador de la dinastía de los *Youen*.

Atravesamos este horroroso tunel—después un patio interior—luego un segundo túnel abierto bajo un segundo torreón que eleva en el aire sus cuatro murallas blancas, agujereadas por resquebrajaduras negras como las portañolas de los barcos. Desfilamos muy de prisa por en medio de una nube de piojos humanos, mendigos siniestros y terribles; escapamos á sus obsesiones inquietantes, y salimos, al fin, de este antro dantesco.

Siguen los camellos, siguen las casas ruinosas de un barrio viejo y sórdido, y luego una gran planicie se presenta ante nosotros. Hémos aquí en campo raso.

Ouf!.....

Loti.—*Ouf!* en efecto.

Plumkett, usted que es el autor de un tratado muy notable sobre la *Embriogenia de los Kanguros*, ¿podría explicarme quizá el singular interés que yo encuentro en besar las caras de los gatos, después de haberles alisado un poco la piel bajo sus bigotes? Esto no es por afección, ciertamente; pues á falta de mi gata *Mumut*, á quien quiero con ternura, beso también con transporte á gatos cualesquiera que apenas me han sido presentados, á los que encuentro en las calles ó sentados en las ventanas, siempre que sean agradables y limpios.

Me acuerdo que en Oriente, esta manera de obrar divertía mucho á los buenos turcos, y en particular á mi amigo Achmet.

Yo he tenido una multitud de animales que, en diferentes lugares del mundo, han sido los compañeros fieles de mi vida y mis confidentes en las circunstancias penosas; los he querido mucho; pero la idea de besarlos no me ha ocurrido nunca.

Es verdad que besaba también, hará unos veinticinco años; á una galguilla blanca y fina, que era la amiga de mi infancia, y que se llamaba *Phul* (porque creo que descendía de Pul ó Phul, rey de Asiria). Aún me parece que la veo con su naricita fina y puntiaguda, con su cuerpo graciosamente encorvado sobre sus largas patas, flacas como pabillos, que parecía tenían miedo de tocar la tierra. Cuando yo tenía unos cuatro ó cinco años fué preciso mandarla matar, por haber sido mordida por un gran perro rabioso.

La última mañana de su vida había venido á darme los buenos días, como de costumbre, apoyando sus patas sobre el borde de mi camita de niño. Pero yo había notado que tenía alegres los ojos y la boca abierta. Y después—sin duda porque

tenía conciencia del horroroso peligro que podía traerme—en lugar de saltar gozosamente, se limitó á retirarse con la cola baja y á sentarse en un rincón, mirándome siempre con aquellos ojos extraños, que tenían expresión de angustia humana. Después del medio día la tuvieron que matar.

Plumkett, los sufrimientos y el martirio de los animales causaban en otro tiempo una gran inquietud á mi imaginación; eran para mí un misterio, una cosa que turbaba mucho mi fé de niño.....

Me dijeron que la habían llevado al hospital de los perros, y que volvería curada. Y yo me representaba aquel hospital, con todos los perros metidos en sus camas y provistos de sus gorros de dormir. Hasta mucho más tarde, cuando casi había olvidado ya á la pobre *Phul*, no me dijeron la cruel verdad.

Después ya no he besado más que á los gatos. Hay una manera de cogerlos. Se los levanta, entre el pulgar y el índice, por las patas de delante, sosteniendo su espinazo con los otros dedos de la mano. De esta manera se sostienen de pié y se les pueden dar fuertes besos, que les hacen sacudirse ligeramente. Si son muy expresivos—como las gatas, por ejemplo—le miran á uno con cierta sonrisita atractiva, pero algo contenida; si son menos sociables, ba-

jan la cabeza con un aire de condescendencia ceñuda. Cuando se les ha besado, permanecen cerca de uno y se sientan, si tienen tiempo de que disponer, ó bien si tienen negocios pendientes ó alguna cita se retiran. En este último caso se separan paso á paso, volviéndose dos ó tres veces, por política, para mirar á quien los acarició, con el lomo inflado y un aspecto muy amable.....

Plumkett.—Es muy impolítica, Loti, esa costumbre que tiene usted de interrumpir siempre. Cuando mis relatos le fastidien duérmase usted, como yo hago siempre que usted tiene la palabra; esto es mucho más conveniente. Y además, esos aires sencillos que usted se da y esas historietas infantiles son bastante ridículas en boca de un muchachote de treinta y un años, que ha curtido su piel á todos los vientos y á todos los soles llevando una vida libertina, y que ha sacado todo el partido posible de la vida.

.....Decía, pues, que estábamos á campo raso, llevados al galope por nuestros caballitos mogleles.....

Loti.—¡Ay, Dios mío! ¡va á empezar otra vez!.....

Plumkett.—.....Dejando tras de nosotros la larga línea recta de las murallas almenadas de Pekin, y siguiendo adelante por en medio de los arrozales,

donde los canalitos helados brillan al sol como agujas de acero arrojadas en la inmensa llanura.

De cuando en cuando, grupos de árboles desnudos rodean pesadas casas blancas con tejados arqueados, que son quintas chinas ó bien chozas de tierra cubiertas de rastrojo, que son heredades y viviendas de aldeanos.

Estas habitaciones aparecen como pequeños islotes, perdidos en la planicie de surcos endurecidos por el hielo, sobre los cuales el disco rojo del sol esparce su debil brillo.

Del fondo del horizonte, grandes nubes de polvo rosado se elevan y corren sobre la tierra desnuda; á veces nos envuelven, y entonces no vemos enteramente nada. Toda la llanura está gris. Es una gran estepa triste y desolada.

El trote de nuestros caballos se acentúa: vamos á buen paso con el viento de invierno.

Si á veces perdemos la noción del país lejano en que nos encontramos, pronto vienen los menores detalles á recordárnoslo: ya es un aldeano que pasa envuelto en pieles de cabra y nos dirige esa mirada bizca y sesgada hácia las sienes, que caracteriza el extremo de Asia; ya son perros, que desde léjos han olfateado la Europa, y corren con la cola baja y el aspecto furioso..... Es cosa inexplicable que hasta